

España, has sido cruel con tus hijos israelitas. Nos has perseguido y expulsado. Hemos dejado atrás nuestras casas, nuestras tierras, no nuestros recuerdos. Mas a pesar de tu crueldad, te amamos, España, y a ti anhelamos regresar. Un día tú recibirás a tus hijos errantes, les abrirás los brazos, pedirás perdón, reconocerás nuestra fidelidad a tu tierra. Regresaremos a nuestras casas. Ésta es la llave. Ésta es la oración.

.....  
La pronuncio y casi como un desco cumplido, hasta mí regresa un recuerdo de mi arribo, urgido y chillón como el pájaro caracara.

Estoy sentado en mi balcón haciendo, a la hora primera, lo que mejor hago, que es contemplar. Soplan aires tempranísimos. Sólo falta oír rui-señores. He rezado la oración del regreso sefardita a España. No sé por qué, pero pienso en algo que nunca me preocupa, de tan habituado que estoy a ello. Antilia es una tierra que aparece y desaparece periódicamente. No he descubierto las reglas de esas mutaciones y prefiero desconocerlas. Temo que conocer el calendario del aparecer y desaparecer sea algo así como conocer, con anticipación, la fecha de nuestra muerte.

Prefiero hacer lo que la naturaleza y el tiempo real de la vida me ordenan. Contemplar, gozar. Pero esta mañana, sorpresivamente, pasa volando un ave blanca con rabo de junco, de esas que el marinero ve pasar gozoso, porque es ave que no duerme en el mar; indica vecindad de la tierra. Soplan los alisios y la mar está llana como un río. Grajos y ánades y

un alcatraz atraviesan huyendo al sudeste. Su prisa me alarma. Insólitamente, me incorporo con un sobresalto al mirar en la altura el paso de un bifurcado, ave que hace vomitar a los alcatraces lo que comen las aves de presa para comérselo ella. Es ave de mar, pero no posa en él, ni se aparta veinte leguas de la tierra.

Me doy cuenta de que estoy mirando una ocurrencia del pasado. Esto es lo que ya vi al llegar aquí. Hago un esfuerzo para disipar este espejismo y mirar lo que ocurre hoy. No sé distinguir, sin embargo, las dos ocurrencias. Otro pájaro se hace visible en el cielo. Se acerca, primero apenas un punto, luego brillante estrella, tanto que me ciega al medirla contra el Sol. El pájaro desciende al golfo. De su panza salen dos patas inmensas como almadías y con un gruñir espantoso, acallando la gritería alborotada del caracara, se asienta en el agua, levantando una nube de espuma y encrespa las aguas del golfo.

Todo se calma. El pájaro tiene puertas y ventanas. Es una casa del aire. Una mezcla del Arca de Noé y el mitológico Pegaso. La puerta se abre y aparece, sonriente, con dentadura cuyo brillo opaca el del Sol y el metal, un hombre amarillo, como los describe Marco Polo mi antecesor, con espejuelos que añaden al conflicto del brillo, vestido de manera extraña, con una maletita negra en la mano y zapatos de piel de cocodrilo.

Hace una reverencia, sube a un batel rugiente desprendido de la nave voladora, y navega hacia mí.

.....  
Nada me sorprende. Desde el principio desengañé a quienes en mí querían ver una especie de marinero hablantín e iletrado. Dios me dio espíritu de inteligencia y en la marinería me hizo abundoso; de astrología me dio lo que abastaba, y así de geometría y aritmética; e ingenio en el ánimo para dibujar esferas, y en ellas las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio.

Dueño de estos atributos, he penado hondamente sospechando (aunque nunca admitiendo) que no llegué a Japón como quería, sino a una tierra nueva que, como hombre de ciencia, debía admitir, pero como hombre político, debía ocultar. Así lo hice pero esta mañana fatal de mi historia, cuando el pequeño hombre de traje gris claro brillante como el pájaro que lo trajo hasta mí, con el maletín de cuero negro en la mano y los zapatos de cocodrilo, me sonrió y se presentó, supe la terrible verdad:

Yo no había llegado a Japón. Japón había llegado a mí.

Rodeado de seis personas, cuatro hombres y dos mujeres, que manipulaban toda suerte de artefactos, brújulas acaso, clepsidras, compases, o acaso cinturones de castidad, apuntados sin respeto a mi cara y a mi voz, mi visitante se presentó sencillamente como el señor Nomura.

Su argumento fue directo, claro y simple.

—Hemos observado con atención y admiración su custodia de estas tierras. Gracias a usted, el mundo cuenta con una reserva inmaculada de ríos,

bosques, flora y fauna, playas prístinas y pescado incontaminado. Felicidades, Cristóbal San. Hemos respetado su aislamiento durante mucho tiempo. Hoy ha llegado el momento de que usted comparta el Paraíso con el resto de la humanidad.

—¿Cómo supieron...? —balbuceé...

—Usted no llegó a Japón, pero su botella retacada de manuscritos sí. Somos pacientes. Hemos esperado el momento. Su Paraíso, ¿ve usted?, aparecía pero desaparecía con mucha frecuencia. Las expediciones antiguas nunca regresaban. Tuvimos que esperar mucho tiempo hasta perfeccionar la tecnología que fijara la presencia de lo que convenimos en llamar el Nuevo Mundo como una constante a pesar de los movimientos aleatorios y, al cabo, engañosos, de las apariciones y desapariciones. Hablo de radar, láser, ultrasonido... Hablo de pantallas de alta definición.

—¿Qué cosa quieren...? —logré decir en medio de mi creciente confusión.

—De usted, Colombo San, colaboración. Sea un buen miembro del equipo. Nosotros sólo trabajamos en equipo. Coopere y todo saldrá bien. Wa! Wa! Wa! Conformidad, don Cristóbal —dijo, saltando un poco y luego parándose de puntitas.

Sonrió y suspiró.

—Aunque con retraso, nos encontramos.

.....  
Firmé más papeles que durante las Capitulaciones de Santa Fe con los Reyes Católicos. Nomura y su ejército de abogados japoneses (el golfo se llenó

de yates, queches e hidroplanos) me hicieron ceder las playas de Antilia a la Compañía Meiji quien a su vez subcontrató su desarrollo a la Compañía Amaterasu, la cual en su turno cedía la construcción de hoteles a la Corporación Minamoto que contrataba la compra de mantelería con los Diseños Murasaki, todo lo relativo a toallas con el Grupo Mishima y la perfumería y jabonería con el Grupo Ichikawa. Los restaurantes serían dirigidos por la Agencia Kawabata y las discotecas por la Agencia Tanizaki, en tanto que las cocinas serían provistas por Akutagawa Asociados, en fusión con el Grupo Endo para el producto importado y con el Grupo Obe para el producto nativo, que sería procesado en la isla por la Corporación Mizoguchi y trasladado a los hoteles por los Transportes Kurosawa, todo ello procurado por empleados locales (¿cómo quiere usted que los llamemos: aborígenes, nativos, indígenas, antillanos?, no queremos herir susceptibilidades) que prosperarán con el influjo turístico, Columbus San, y verán sus estándares de vida dispararse a las alturas. Necesitamos guías de turistas, choferes, líneas de autobuses, agencias de renta de autos, jeeps color de rosa y queches de placer para los clientes de los hoteles y en consecuencia carreteras y todo lo que el turista requiere a lo largo de las mismas: moteles, pizzerías, gasolineras y marcas reconocibles que los hagan sentirse como en su casa, pues el turista —es lo primero que debe usted saber como Almirante del Mar Océano y Presidente del Consejo de Administración de Paraíso Inc. —viaja para sentir que no ha dejado su hogar.

Me ofreció un té amargo: —Hemos dado concesiones, por ello, a marcas fácilmente reconocibles. Deberá usted firmar —aquí, por favor— contratos particulares con cada una para evitar conflictos con la Ley Antimonopolios de la CEE que jamás, le añado para alivio de su conciencia, hubiese aceptado algo tan avorazado como la Casa de Contratación de Sevilla.

Firmé, aturdido, los diversos contratos con expendios de pollo frito y aguas gaseosas, gasolineras, moteles, pizzerías, heladerías, revistas ilustradas, cigarrillos, llantas, supermercados, cámaras fotográficas, automóviles, yates, aparatos de música y más etcéteras que los títulos de todos los reyes de España para los que salí a descubrir.

Sentí que mi nuevo mundo era cubierto por una red de araña y que yo era el pobre insecto capturado en el centro, impotente porque, como ya lo dije, vivir en el Paraíso era vivir sin consecuencias.

—No se preocupe. Colabore con el equipo. Colabore con la corporación. No se pregunte quién va a ser el dueño de todo esto. Nadie. Confíe en nosotros: Sus nativos van a vivir mejor que nunca. Y el mundo va a agradecerle el Último, el Supremo, el Más Exclusivo Lugar de Recreo del Planeta, el Nuevo Mundo, la Playa Encantada donde Usted y sus Hijos pueden Dejar Atrás la Polución, el Crimen, la Decadencia Urbana, y Gozar a sus Anchuras de una Tierra sin Contaminación, PARAÍSO INC.

.....

Quiero abreviar. El paisaje se transforma. Un humo ácido penetra hasta mi garganta día y noche. Mis ojos lloran hasta cuando le sonrío al activísimo señor Nomura, mi protector, quien ha puesto a mi servicio una guardia de samuráis contra la gente que me ha amenazado o que organiza sindicatos y protestas. Todo va dirigido contra mí, pues soy la única cabeza visible de este nuevo imperio anónimo. Hace poco, eran mis amigos.

—Recuerde, don Cristóbal. Somos una corporación para el siglo XXI. Rapidez, agilidad, son nuestras normas. Evitamos las oficinas y la burocracia, no tenemos planta o equipos, lo alquilamos todo, nada más. Y cuando los periodistas le hagan preguntas sobre el verdadero dueño de Paraíso Inc., usted nomás diga: Nadie. Todos. Espíritu de equipo, Cristóbal San, lealtad a la compañía, yoga en las mañanas, un valium cada noche...

Nomura me hizo notar que lejos de ser un lugar cerrado, Paraíso Inc. estaba abierto a todas las naciones. Es cierto: vi con añoranza las viejas banderas que un día dejé atrás en las naves del aire que iban llegando con el tropel de turistas ansiosos de gozar la limpidez de nuestras aguas y la pureza de nuestro aire, la blancura de nuestras playas y la virginidad de nuestros bosques. TAP, Air France, Iberia, Lufthansa, Alitalia, BA... Los colores de sus insignias me rememoraban, con una dulce amargura, las cortes por donde peregriné pidiendo apoyo para mi empresa. Ahora, eran como corazas de una justa entre Pegasos en el campo de las Pléyades.

Llegaron miles y miles de turistas y el doce de octubre fui paseado en una carroza traída desde el Carnaval de Niza, rodeado de indios (e indias) desnudos y luciendo mis antiguos ropajes del siglo XV. Ahora, sobra decirlo, toda mi ropa es de Banana Republic. Nadie me molesta. Soy una institución.

Pero mi nariz trata de oler, en balde, los aromas de las carreteras invisibles de la noche, cuando miles de organismos ocultos perfumaban el aire para guiar al tapir y al venado, al ocelote y a la onza. No los oigo ya, no los huelo. Sólo mi lobo pardo de orejas puntiagudas sigue cerca de mí. El calor del trópico se escapa por sus pabellones palpitantes y blancos. Los dos miramos hacia los huertos del naranjo que nos rodean. Quisiera que el lobo entendiese: El naranjo, el animal y yo somos sobrevivientes...

No dejan que nadie se acerque a mí. Me han obligado a temer. Cruzo miradas, a veces, con una mulata lacia y morena que tiende mi cama con sábanas color de rosa y riega orquídeas antes de retirarse. Pero la mirada de ella es no sólo esquiva, sino rencorosa, y algo peor: resentida.

Una noche la joven criada indígena no se presenta. Irritado, estoy a punto de reclamar. Me doy cuenta de un cambio. Me vuelvo intolerante, cómodo, viejo... Aparto las gasas que protegen mi hamaca (he guardado esa deleitosa costumbre de mi asombro original) y encuentro recostada en ella a una mujer joven, esbelta y color de miel: rígida como un lápiz, sólo el mecer de la hamaca la suaviza. Se presenta con intensidad verbal y gestual como Ute

Pinkernail, natural de Darmstadt, Alemania, y me dice que ha logrado colarse hasta aquí, en lugar de la criada, pues estoy muy protegido e ignoro la verdad. Extiende los brazos, me envuelve en ellos y me dice al oído, sin aliento, nerviosa, "somos seis mil millones de seres en el planeta, las grandes ciudades del Oriente y del Occidente están a punto de desaparecer, la asfixia, la basura, la plaga las sepultan, te han engañado, tu paraíso es el último desagüero de nuestras ciudades sin luz, estrechas, hacinadas, mendicantes, sin techo, por donde deambulan asaltantes, locos, multitudes que hablan solas, ratas escurridas, perros en manadas salvajes, migrañas, fiebres, mareos: ciudad en ruinas, sumergida en las aguas negras, para muchos; otra ciudad inaccesible, en las alturas, para muy pocos y tu isla es sólo la alcantarilla final, has cumplido tu destino, has esclavizado y exterminado a tu pueblo..."

No pudo decir más. Los samuráis entraron dando de gritos, saltando, blandiendo subametralladoras, apartándome violentamente. Mi veranda se cegó de pólvora y estruendo, una luz blanca lo bañó todo y en un vasto instante simultáneo los lanzallamas incendiaron mi huerto de naranjos, una bayoneta atravesó el corazón de mi lobo maestro, y las tetas de Ute Pinkernail se mostraron ante mi mirada atónita y deseosa. Luego, la sangre de la muchacha se escurrió entre las redecillas de la hamaca...

.....  
Vivir en el paraíso es vivir sin consecuencias. Ahora sé que voy a morir y pido permiso para re-

gresar a España. El señor Nomura primero me regañó: —No actuó usted como miembro del equipo, Cristóbal San. ¿Qué se creía, que iba a mantener su Paraíso apartado de las leyes del progreso para siempre? Dése cuenta de que manteniendo un paraíso, usted sólo estaba multiplicando el deseo universal de invadirlo y aprovecharlo. Sépalo ya: No hay paraíso sin *jacuzzi*, champaña, Porsche y discoteca. No hay paraíso sin patatas fritas, hamburguesas, aguas gaseosas y pizzas napolitanas. Para todos los gustos. No se ande creyendo en la simbología de su nombre, portador de Cristo, paloma del espíritu santo. Regrese pues, vuele palomita, y lleve su mensaje: Sayonara, Cristo; Paraíso, Banzai! Wa! Wa! Wa! ¡Conformidad! El clavo que sobresale pronto será martilleado.

En el vuelo de Iberia soy tratado como lo que soy: una reliquia venerable, Cristóbal Colón que regresa a España después de quinientos años de ausencia. Había perdido toda noción del tiempo y del espacio. Ahora, desde el cielo, los recupero. Oh, cómo gozo viendo desde acá arriba la huella de mi primer viaje, en reversa: los montes del roble y el madroño, la tierra fertilísima, toda labrada, las almadías surcando el golfo donde desembocan siete ríos, uno de ellos en cascada suave color de la leche: veo el mar y las sirenas, los leviatanes y las amazonas disparando sus flechas al Sol. Y adivino ya, volando sobre mi huerto calcinado, las playas con resacas de mierda, los paños sangrantes, las moscas y las ratas, el cielo acre y el agua envenenada. ¿También

acusarán a los judíos y a los árabes de todo esto antes de expulsarlos o exterminarlos de vuelta?

Miro el vuelo de ánades y grajos y siento que nuestra propia nave es impulsada por suaves alisios sobre un mar variable, aquí plácido como un cristal, allá anclado en los zargazos, a ratos tormentoso como en los peores momentos del viaje inicial. Vuelo cerca de las estrellas y sin embargo sólo veo una constelación al caer la noche. La forman los senos magníficos de Ute Pinkernail, las tetas que ya no me tocó tocar...

Me sirven Freixenet y me dan a leer la revista *Hola*. No entiendo el tenor de las noticias. No me importan. Voy de regreso a España. Voy de vuelta al hogar. En cada puño, llevo las pruebas de mi origen. En una mano, aprisiono las semillas del naranjo. Quiero que ese fruto sobreviva a la implacable explotación de la isla. En la otra, llevo la llave helada de mi casa ancestral en Toledo. A ella regresaré a morir: casa de piedra y techumbre vencida, puerta de maderos crujientes que no ha sido abierta desde que la abandonaron mis antepasados, los judíos expulsados por el pogromo y la plaga, el miedo y la muerte, la mentira y el odio...

Pronuncio en silencio la oración que traigo clavada en el pecho como un escapulario. La pronuncio en la lengua que los judíos de España mantuvimos durante la eternidad, para no renunciar a nuestro hogar y a nuestra casa: "A ti, España bienquerida, nosotros Madre te llamamos y, mientras toda nuestra vida, tu dulce lengua no dejamos. Aunque

tú nos desterraste como madrastra de tu seno, no estancamos de amarte como santísimo terreno, en que dejaron nuestros padres a sus parientes enterrados y las cenizas de millares de sus amados. Por ti nosotros conservamos amor filial, país glorioso, por consiguiente te mandamos nuestro saludo glorioso".

Repito la oración, aprieto la llave, acaricio las semillas y me entrego a un vasto sueño sobre el mar, en el que el tiempo circula como las corrientes y todo lo une y relaciona, conquistadores de ayer y de hoy, reconquistas y contraconquistas, paraísos sitiados, apogeos y decadencias, llegadas y partidas, apariciones y desapariciones, utopías del recuerdo y del deseo... La constante de este trasiego es el movimiento doloroso de los pueblos, la emigración, la fuga, la esperanza, ayer y hoy.

¿Qué encontraré al regresar a Europa?

Abriré de nuevo la puerta del hogar.

Plantaré de nuevo la semilla del naranjo.

Londres, 11 de noviembre de 1992